

## DECLARACIÓN

H. Fernando Bullón

**Año tras año se realizan conferencias, congresos, encuentros, sobre diversos asuntos teológicos, bíblicos o pastorales. Estos eventos, sean denominacionales o interdenominacionales, suelen ser de alcance nacional, regional o internacional y, al mismo tiempo, implican el uso de considerables recursos humanos, materiales y económicos.**

En la mayoría de los casos, el fruto de estos encuentros no trasciende los estrechos márgenes de los referidos eventos. Quedan archivados, lastimosamente, esfuerzos embrionarios de investigación y reflexión teológica que podrían ser aportes significativos a la tarea pastoral de la iglesia. Esta tendencia necesita ser corregida.

*Reflexiones Ministeriales* abre esta sección, llamada **Foro**, para dar a conocer documentos valiosos de reflexión teológica y pastoral que sirvan de base a un intercambio alturado de opiniones, enfoques y propuestas ministeriales que vitalicen a la iglesia en el cumplimiento de su misión.

Es nuestra convicción que, después de cien años de trayectoria como denominación, los nazarenos hispanos latinos, debemos articular nuestra filosofía de ministerio atendiendo a la especificidad de nuestro trasfondo cultural y relacionándolo con la particularidad del ambiente de ministerio eclesial. Por supuesto, esta tarea de reflexión no se realiza de manera solitaria, sino en el marco de la pertenencia y compromiso con la iglesia como cuerpo. Los nazarenos de Iberoamérica necesitamos asumarnos como una comunidad de reflexión que es interlocutora con otras comunidades nazarenas (africana, asiática, angloamericana, etc.) en el esfuerzo común por encarnar nuestros valores y convicciones de fe, desde la persuasión wesleyana, y honrando el nombre de nuestro Señor en medio de la cultura contemporánea que nos ha tocado ministrar.

Invitamos a todos los ministros wesleyanos en general y nazarenos en particular, a plantear sus puntos de vista, inquietudes, preguntas, cuestionamientos, con el único propósito de buscar juntos alternativas ministeriales coherentes con la Escritura y pertinentes a la situación que enfrentamos. Todas las opiniones que se presenten en este foro serán a título personal, es decir, no comprometen a las organizaciones, congregaciones o distritos donde estén sirviendo los expositores de los respectivos puntos de vista.

Nuestro objetivo de largo alcance es que, por medio del intercambio alturado de enfoques y reflexiones, demos paso a una plataforma de diálogo que podríamos denominar **Comunidad Teológica Nazarena Iberoamericana**. Como su nombre lo indica, se trataría de una comunidad que privilegia la dimensión del encuentro y la relación, antes que una organización que normalmente está orientada a la dimensión jerárquica. Deseamos forjar un *movimiento* antes que una *institución*. Por lo tanto, todos los aportes son bienvenidos y buscaremos dinamizar el diálogo y el encuentro a partir de preocupaciones comunes de reflexión.

En esta ocasión nos place entregar un documento titulado “Declaración” y cuya autoría pertenece al Dr. Humberto F. Bullón, hasta hace poco profesor del Seminario Nazareno de las Américas (SENDAS), San José, Costa Rica. Actualmente, se encuentra jubilado. El Dr. Bullón, fungió como Coordinador General de la Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana que se llevó a cabo en el campus del SENDAS en Octubre del 2004. Desde su privilegiada función, el autor pudo tomar el pulso a una serie de cuestiones y asuntos que merecerían consideración permanente más allá de la mencionada conferencia. Consideramos que este documento puede ser el punto de partida para la discusión de varios desafíos muy actuales en la Iglesia del Nazareno en Iberoamérica. Les invitamos a participar reaccionando a los planteamientos del autor y articulando preguntas o respuestas que amplíen o clarifiquen los asuntos en cuestión, teniendo en mente su viabilidad ministerial.

## RESUMEN

Con base en los documentos, presentaciones y discusiones de la Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana, el autor hace una reseña de las ideas fuerza que constituyeron la materia prima del mencionado encuentro. Se señala la vinculación funcional que debe existir entre el quehacer teológico y la misión de la iglesia, así como una aproximación a la identidad de nuestra Iglesia que tome en serio su peregrinaje histórico, sus desafíos presentes y sus proyecciones.

## PALABRAS CLAVE

Proceso de reflexión teológica y diversidad; renovación teológica y eclesial; misión de la iglesia; diálogo intercultural, ecuménico e interdisciplinario; valores medulares; educación integral.

**Alrededor de 150 hermanas y hermanos educadores, administrativos, pastores, laicos y dirigentes de diferentes países de Latinoamérica y también hispanos que residen en Estados Unidos, nos reunimos del 18 al 19 de octubre de 2004, en las instalaciones del Seminario Nazareno de las Américas de San José, Costa Rica, durante la *Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana*.** Según la correspondencia inicial, la experiencia de esta conferencia se conceptualizó con un sentido de proceso, que comenzó a desenvolverse en la etapa de preparación y estudio de las diversas ponencias y reacciones, que tuvo su momento cumbre de discusión y mutuo estímulo durante nuestra reunión aquí en San José, pero que debía continuar más allá de dicho

encuentro, comenzando con la difusión para que se conozcan las ideas y proposiciones que compartiéramos y aportando nuevas en un proceso continuado de reflexión transformadora.

Efectivamente, comenzando por la difusión más amplia de contenidos que puedan también conocerse en instancias decisorias diversas, debemos continuar con la implementación de dichas reflexiones según las oportunidades ministeriales y de servicio en que estemos involucrados personalmente, en particular por parte de quienes asistimos a la conferencia. Debemos comprometernos de tal manera que los esfuerzos que se hagan rindan su mejor fruto para beneficio de toda la iglesia y su misión. Pero además, debemos comprometernos en continuar con este proceso de reflexión y producción teológica de la manera

más amplia, desde las diversas instancias de la iglesia y en todo el ámbito de Iberoamérica.

Sin embargo, para el mejor desarrollo y fructificación de este proceso es necesaria la participación libre y fraternal, no única o necesariamente dentro de las instancias o conductos oficiales de la organización eclesial (sea esta una conferencia, “comisión teológica” u otro tipo de estructura regular ya existente). También fuera de ellas o en maneras no formales o “no-oficiales” como tarea común y generalizada del pueblo (*laos*) de Dios según los dones repartidos. Esto no implica en manera alguna una actitud independentista o de falta de sentido de cuerpo sino que, más bien y de acuerdo con la experiencia histórica, es el reconocimiento de que la acción renovadora del Espíritu supera los límites organizacionales, necesita de libertad y opera continuamente con contribuciones fuera de los conductos establecidos, garantizando así la renovación, asunto que no siempre es captable desde dentro de la institucionalidad eclesiástica que normalmente opera con una tendencia de “guardianía” de lo que en realidad puede estar requiriendo transformación.

Por ello, a todos aquellos que sientan un llamado a contribuir con el esfuerzo de renovación teológica y eclesial de nuestra denominación en las tierras de Iberoamérica, en posiciones oficiales o no, pero basados en el amor y fidelidad que le tenemos a Dios y a su Iglesia, es importante que participemos de este movimiento surgido de la experiencia comunitaria en nuestro encuentro de San José y que, para darle una identidad, podríamos denominar **Comunidad Teológica Nazarena Iberoamericana** (o cualquier otro nombre). No se trata de un aparato institucional, sino más bien un movimiento libre y fraterno, una comunidad de diálogo alturado, respetuoso y maduro; por lo tanto, de espíritu y pensamiento franco y

transparente comprometido con la edificación del cuerpo.

Como encargado del diseño, organización y coordinación de las ponencias o contenido teológico de la conferencia, presento las siguientes afirmaciones a manera de un primer manifiesto de este movimiento, a la luz de ponencias, discusiones y expresiones en dicho foro, como también de meditaciones posteriores sobre las mismas. En alguna medida, el presente intenta ser un documento más sistemático en contenido, que la breve “*Carta de Afirmación*” que se tuvo al final de la conferencia.

La presente declaración no agota interrogantes o asuntos discutidos dentro de la gran riqueza habida en la Conferencia, o de los percibidos en la extensa comunidad nazarena de Iberoamérica, los cuales deben ser añadidos. Pero quienes suscriban sustancialmente esta declaración y sientan formar parte de este movimiento fraternal, pueden sumarse. Es posible que, al hacerlo, expresen comentarios u observaciones sobre algún aspecto de esta declaración. En sí, lo importante es reconocer que, de lo tratado durante la conferencia y recogido y ampliado en la presente declaración, surgen diversos tópicos que requieren profundización en la reflexión y que deberían ser materia de investigación y trabajo por cualquiera de nosotros en servicio orientador a nuestra iglesia.

## **I. Sobre nuestro quehacer teológico en relación con la misión de la Iglesia**

**(1) Debemos reconocer el lugar e importancia de la teología en la vida y misión de la Iglesia.** Aquella no es una actividad irrelevante ni un pasatiempo. Más bien, la teología es hija de la misión y como fruto de la reflexión, a su vez, orienta a la misión llevando a un mayor compromiso con

el Señor y su Reino. La teología, como toda otra función o don dentro de la iglesia está sujeta al Espíritu y se desarrolla con oración, estudio y disciplina, debiendo entenderse como un servicio a la iglesia y al mundo, por lo tanto, fundamentada en el amor a Dios y al prójimo y con pertinencia pastoral y misiológica. Frente a las circunstancias y desafíos de la época en que vivimos nuestra actitud no puede ser quietista o indiferente, ni tampoco caer presa del activismo irreflexivo; ambas vías reflejan una subestimación de la tarea teológica. Más bien, la reflexión y el enfoque teológico nos permiten una mirada en perspectiva diacrónica de la vida y misión de la iglesia: su pasado, su presente y su futuro en su significación profunda a la luz del propósito del Reino de Dios, ayudándonos a evaluar nuestras acciones corrientes y evitando la superficialidad y desorientación del pragmatismo ahistórico. Por ello, necesitamos iluminar nuestra acción con más reflexión y, al mismo tiempo, nutrir nuestra reflexión con los desafíos que provienen de nuestra acción comprometida en las situaciones históricas específicas.

(2) Reconocemos que el quehacer teológico –la reflexión sobre la fe y su praxis a la luz de la Palabra y el contexto buscando mayor comprensión para la vida y misión cristianas–, es **tarea permanente y responsabilidad de toda la iglesia y de cada generación** de creyentes en particular, en el contexto y época histórica que le son propios. A la vez, reconocemos que dentro del cuerpo de Cristo hay dones específicos y que algunos han sido dotados de manera particular para que, a través de la reflexión y producción teológicas, contribuyan a “la edificación del cuerpo de Cristo”, local y universalmente, y debemos dar gracia por ello.

(3) Por ello, necesitamos con urgencia descubrir dichos dones entre nosotros, facilitando su

**desarrollo como pensadores, teólogos y escritores nazarenos iberoamericanos.** Nos alegra mucho que esta conferencia haya sido una plataforma de estímulo e inspiración a esta tarea. Debemos crear los espacios que faciliten la reflexión responsable con miras a un ministerio de mayor profundidad en medio del contexto crítico de Iberoamérica. Nuestros centros educacionales más que lugares de una educación repetitiva, deben ser centros de reflexión crítica y creatividad, frente a los desafíos actuales. Más aún, cuando reconocemos que nuestra responsabilidad es, no sólo con la iglesia y contexto de nuestros propios países, sino también con el aporte que nos compete con la iglesia y situación contemporánea a nivel mundial.

(4) Al llevar adelante este esfuerzo, debemos **reconocer el potencial misiológico producto de nuestra diversidad.** Nuestra iglesia, siendo de carácter internacional, con membresías de diversos trasfondos culturales, con personas que han recibido diversos dones, con diversas formaciones y experiencias de vida, al producir teología seguramente habrá variados matices en el enfoque de los diversos aspectos relacionados con nuestra doctrina y con nuestra práctica pastoral, eclesial y misiológica. Pero dicha variedad de enfoques, más que una limitante para la acción, la entendemos como una ventaja que enriquece el pensamiento y las posibilidades misionales de nuestra iglesia, sin dejar de reconocer el deber de ser consistentes con nuestra particular tradición arminiano-wesleyana, la cual debe ser asumida, a su vez, con responsabilidad en el contexto del cristianismo histórico, protestante y evangélico.

(5) Aún más, la tradición arminiano-wesleyana, entroncada con los principios de la Reforma Protestante como movimiento de renovación, es justamente reconocida por una larga trayectoria de discusión abierta y énfasis en educación, investi-

gación y publicaciones. Por ello, nuestra caminata como cuerpo en este quehacer teológico debe caracterizarse por la unidad y libertad del Espíritu y por la humildad y tolerancia, cualidades que **debemos saber mantener en el diálogo alturado y respetuoso**, en la común y auténtica búsqueda de mejor comprensión de la verdad. La historia de la Iglesia nos alecciona acerca de las ambivalencias de las que debemos estar conscientes.

De la misma manera que se aboga por disciplina y posible acción drástica frente a la “herejía” probada, debemos también cuidarnos de la actitud inquisitorial apriorista, que bajo un pseudo sentido de “poda protectora” esconde una mentalidad retrógrada y autoritaria, negación de la más elemental vida de la comunidad del Espíritu. Más bien debemos someter al juicio de la historia decisiones de cercenamiento del cuerpo que podrían estar representando juicios parciales, intempestivos y faltos de un tratamiento más meditado corporativamente, carentes del amor y la paciencia histórica dignos del cuerpo de Cristo, y del respeto que se merecen quienes pueden haber caminado y sufrido en una larga trayectoria con la iglesia. Más que de la descendencia de los Torquemada, somos de la estirpe de Cristo, que poda y limpia su vid “para que llevéis fruto... y... para que os améis unos a otros como yo los he amado” (Juan15:1-12).

En consecuencia, debemos también deplorar el hecho de que eventos organizados para la reflexión por la misma Iglesia, como lo son las conferencias teológicas, se tornen en oportunidades para señalamientos marginadores, en lugar de reconocer la oportunidad de escucharnos unos a otros y enriquecernos mutuamente. Mencionamos esto porque es común observar actitudes así en eventos de esta naturaleza. ¿Qué sentido tiene entonces una conferencia teológica? ¿Escuchar el eco de nuestro propio pensamiento con-

siderado “oficial” o escuchar al cuerpo de Cristo con sus múltiples dones y experiencias, en búsqueda de más comprensión e iluminación para la edificación del cuerpo y para la misión? ¿Tiene algún rol correctivo la teología en los caminos de la iglesia y su conducción? ¿No hay necesidad, especialmente desde el ámbito educacional cuyo objetivo es estudiar justamente la diversidad de aspectos vinculados a la iglesia y su misión, de aportar visiones complementarias y aún alternativas de cómo entender a la Iglesia y llevar adelante la misión?

(6) En sí, la esencia del protestantismo no es tanto una doctrina petrificada cuanto una manera de ser en el mundo, especialmente una nueva concepción de lo que significa ser Iglesia que, a su vez, debe tener implicaciones transformadoras para todas las instituciones de la sociedad en todas las épocas. La expresión ***Ecclesia reformata semper reformanda*** declara que, cualquier Iglesia que sea producto de la Reforma o esté entroncada con su tradición merece ese nombre sólo en la medida que sea capaz de sobreponerse a la tendencia a la auto-preservación *per se*, inherente a todas las instituciones humanas, y se atreva, más bien, a reformarse de tiempo en tiempo, para responder de manera creativa al reto presentado por las nuevas situaciones históricas.

Desafortunadamente, las iglesias protestantes, antiguas o nuevas, raras veces han descubierto cómo crear espacios para la operación de este principio en medio de sus estructuras. Para corregir esto es urgente dar una mirada a la historia y descubrir los movimientos renovadores y su presencia crítica o de “protesta” que abrió camino a nuevas situaciones de real avance de la Iglesia. Es urgente, también, que se reconozca la importancia de los movimientos proféticos en su seno y se apoye su formación y desarrollo, aún poniéndose en tela de juicio posturas o posiciones “ofi-

ciales” o actuales; pues de continuo en la historia estos agentes de renovación no se encuentran, por lo general, en las cúspides o en el centro de las estructuras organizacionales o sociales, sino en la periferia de las mismas. Como protestantes debemos resistir todo intento de sacralizar y considerar libre de criticismo cualquier logro del pasado, cualquier forma de vida, tradición (de ideas o costumbres) o estructura institucional. Esto nos lleva a revisar algunos usos corrientes que hacemos del concepto “fidelidad a la iglesia”. Le servimos mejor a Dios y le somos más fieles a El (y a la Iglesia), cuando asumimos una posición crítica hacia los asuntos mencionados y trabajamos por su transformación, para que “su” Iglesia, sea verdaderamente tal y cumpla con su misión histórica. El sentido de unidad y el reconocimiento del orden organizacional, no debe anular este requisito histórico para la renovación eclesial.

(7) Es fundamental que nuestro quehacer teológico se base en el **diálogo intercultural, ecuménico e interdisciplinario** como premisas para la renovación teológico-misiológica en y desde Iberoamérica. Esto, muy vinculado a asuntos relacionados con la identidad teológica denominacional, así como a aspectos doctrinales, eclesiológicos y misiológicos, considerando que somos una iglesia de identidad cristiana, de carácter internacional y multicultural. Interculturalidad y ecumenicidad, que presupone el respeto y consideración de la reflexión articulada por “el otro hermano” que no sólo toma en cuenta la cultura secular de base en que se ubica cada iglesia, sino también las “subculturas” de pensamiento y ética que representan diferentes tradiciones cristianas comenzando con las pertenecientes al propio ámbito del sector protestante. Interdisciplinariedad, que presupone que la realización apropiada de la tarea hermenéutica, requiere del concurso de otras disciplinas, ellas mismas, producto del uso de la razón en su es-

fuerzo por comprender la realidad y experiencia humanas, y útiles para la comprensión del texto bíblico mismo. De particular importancia en la tarea hermenéutica es el concurso de la ciencias socio-analíticas que nos permiten comprender el proceso de producción del conocimiento (caso de la Sociología del Conocimiento), incluido el que se da en la esfera religiosa (ie. la producción teológica y establecimiento de tradiciones teológicas), y que facilita el análisis de las formulaciones teológicas, develando las ideologizaciones de la fe. Todo lo anterior, implica poner en práctica una actitud hermenéutica que parta del supuesto de renunciar a la tendencia, tan propia de todo grupo cultural o tradición eclesial, de absolutizar o de sacralizar lo propio fomentando, por el contrario, el hábito de escuchar humildemente y de contrastar honestamente, lo propio con lo de los otros. Asimismo, una renuncia a toda postura *apriorista* y reduccionista basada en un solo paradigma interpretativo, prefiriendo más bien entrar en un proceso de búsqueda creadora que tiene lugar justo cuando la interpretación va brotando como resultado de la interpelación común, mutua. Donde la voz de cada uno es percibida al mismo tiempo como una interpretación también posible, que puede ayudarnos en la permanente tarea generacional de revisar la propia tradición teológica y de prácticas misionales.

## II. Iglesia del Nazareno: Historia, Situación Actual y Prospectivas

### 2.1 Nuestro pasado: Herencia inspiradora y aleccionadora

(8) La historia tiene un valor aleccionador e inspirador, y la revisamos con un sentido constructivo para el presente y el futuro. No hacerlo equivale a vivir sin perspectiva, sumergidos en una actitud inediatista, que evita hacer los ajus-

tes necesarios para un ministerio más relevante a la circunstancia presente. Esta, lamentablemente, ha sido la situación en la mayoría de nuestros países. Por lo cual necesitamos con urgencia hacer memoria, pero no un recuerdo como simple reseña cronológica o frío ejercicio académico, sino una memoria crítica que nos permita evaluar la trayectoria como iglesia sin temor, pero con una pasión comprometida con el propósito de Dios.

**(9)** Necesitamos como nazarenos iberoamericanos re-escribir nuestra historia y continuar escribiéndola hacia adelante como responsabilidad generacional y por razones de contribución a afirmar nuestra herencia e identidad. En esta tarea reconocemos que tenemos mucho camino por recorrer en el esfuerzo de una producción más sistemática y estructurada. Perteneciendo a una tradición de santidad, nuestra tarea debe realizarse con la mayor fidelidad a la verdad, al reconstruir la experiencia no sólo por el recuento de lo que nos parecieron logros y buenas acciones, sino también por el reconocimiento de los fracasos, de lo que se dejó de hacer o se hizo mal.

**(10)** Debemos ser agradecidos por los esfuerzos pioneros de misioneros extranjeros y nacionales, y de los innumerables ejemplos de entrega sacrificial, de los que son producto de la existencia de nuestra actual iglesia en las tierras de Iberoamérica. Mas bien, en nuestra gesta autóctona no hemos sabido potenciar y desarrollar ese legado, reflejándose fragilidad en nuestro enfoque misionológico, un reduccionismo en el ejercicio de principios organizacionales de nuestra tradición eclesial –no hay actualmente una adecuada equidistancia del episcopalismo y del congregacionalismo–, y una iglesia sin reflexión teológica en parte debido a una educación teológica que ha sido más reproductora que creadora y trans-

formadora, absorbida más en el pragmatismo, y limitadora en cuanto a facilitar los espacios de reflexión frente a un contexto cada vez más desafiante.

## **2.2 Nuestro presente: El imperativo de un análisis con integridad y de la reorientación consistente de las estructuras programáticas**

**(11)** Debemos realizar un análisis permanente, auténtico y corrector de la vida de la iglesia para estar a la altura del cumplimiento de nuestra misión. Al realizar los diagnósticos situacionales, estos deben ser hechos con integridad, de manera que nos permitan ver con claridad no solo los logros, sino también los fracasos de nuestro pensar u obrar. Esto se torna más imperativo en una iglesia como la nuestra cuya tradición se ubica en el movimiento de santidad, es decir, de afirmación de la integridad cristiana. El practicar diagnósticos con autenticidad debe llevarnos de manera normal a vías y expresiones de arrepentimiento, sin lo cual no hay futuro posible que se llame santo y cristiano. Las actitudes triunfalistas y arrogantes no deberían tener cabida en nuestro medio. El común impulso para exhibir el éxito *per se* no debe sobreponerse a la fidelidad a Dios y a los valores de su reino. Y los propios valores que afirmamos como esenciales a nuestra iglesia, deberían ser los criterios apropiados para evaluar nuestra caminata.

**(12)** Para nosotros, el planificar y el actuar consistentes debería implicar una inteligencia y una comprensión del contexto en el que se ejerce el ministerio. No hacerlo así conlleva la propensión a errar en la acción y a autoengañarse. Por ello, es responsabilidad del liderazgo tener un perfil claro de la época, el discernir los “signos de los tiempos”, es decir, entender las problemáticas

fundamentales de nuestra generación y las coyunturas temporales, percibir las corrientes de pensamiento e ideologías que están influenciando al mundo y a la propia Iglesia. La realidad iberoamericana se nos presenta compleja y con diversos escenarios problemáticos, algunos de los cuales reflejan una verdadera crisis social. Tanto los datos demográficos, culturales, económicos, sociales, políticos, religiosos y espirituales nos presentan desafíos de diferente orden frente a los cuales la iglesia debe saber responder.

El problema de la niñez y de la juventud, los movimientos migratorios y las grandes concentraciones urbanas, las regiones rurales abandonadas, los grupos étnicos no alcanzados, migrantes de nuevo tipo o la subestimación o maltrato de grupos étnicos; la pobreza masificada, la globalización del sistema económico neoliberal, la concentración de la riqueza y la polarización social, la injusticia y quiebra de los derechos humanos, la corrupción generalizada y el agotamiento del llamado sistema democrático; la inestabilidad e inseguridad social; la globalización y el contexto postmoderno, el pluralismo y mentalidad hedonista, el materialismo; el nominalismo religioso y la religiosidad popular; el mercado de opciones religiosas y el resurgimiento de las etnoteologías, el evangelio de la prosperidad y la espiritualidad escapista. Todos ellos nos interpelan como iglesia en términos de si es posible alguna respuesta esperanzadora.

**(13)** Descubrimos que frente a este magno desafío, al pueblo evangélico le cabe una revisión y replanteamiento de su situación y forma de operar, para estar en condiciones de dar una respuesta coherente. En primer lugar, como en algunos países todavía somos una proporción minúscula, nos cabe crecer consistentemente en base a un sólido discipulado para poder gravitar

más significativamente en nuestras naciones. Como pueblo nazareno, nos cabe hacer esfuerzos de coordinación y de trabajo conjunto con el resto de las iglesias evangélicas de tal manera que las acciones desde el evangelio y desde lo evangélico, puedan tener mayor trascendencia... La actual atomización, aislamiento y, a veces, mentalidad sectaria de las iglesias, las hace más débiles en su intento de contribuir a las transformaciones de nuestras sociedades.

**(14)** Por otro lado, es necesario repensar y redirigir nuestras estructuras organizacionales y programáticas, de tal manera que estén en función de estos grandes desafíos y con un tipo de proyección más de carácter externo que de funcionamiento, consumo y autoevaluación rendimiento-efectividad hacia el interior (i.e. lo comparativo cuantitativo o cualitativo hacerlo en relación al *corpus* cristiano externo del cual somos parte y a la realidad social que nos circunda). La adecuada relación entre naturaleza esencial de la iglesia y sus formas y estructuras, es algo que constantemente se debe estar revisando, dado que la eficacia transformativa histórica y cultural de las últimas sufren desajustes y desorientaciones al cambiar los tiempos y los contextos, pero no solo por ello, sino por la misma desorientación de la propia iglesia en cuanto a sus objetivos esenciales. Las formas más apropiadas tendrán que ver con cada contexto y su reconstrucción debe ser un proceso que, comenzando en el nivel de la iglesia local, alcance a toda la iglesia, en sus niveles distrital, nacional, regional y mundial. Las estructuras dominadas por paradigmas de las ciencias administrativas modernas deben ser revisadas a la luz de los tipos y paradigmas escriturales, rechazando los rasgos antitéticos a éstos, afirmando que: somos el cuerpo de Cristo, la familia de Dios, la comunidad del Espíritu en el mundo y no

tanto el modelo de una corporación transnacional con sucursales allende un eje geográfico y dueña del capital empresarial. Así, la renovación debe tener el aporte de carácter orgánico de parte del cuerpo, en todas sus instancias y abarcando el nivel mundial, reflejando su rica naturaleza carismática y multicultural. Esta tarea no es nada fácil, pero es planteada para que se comience dando los primeros pasos, reconociendo que nuestra denominación tiene instancias establecidas. Pero, es aquí donde se hace urgente revalorar los principios que dan soporte a nuestra estructura organizacional representativa a la que pertenecemos, recuperando su plena vigencia de balance adecuado de autoridad entre el episcopado y la congregación, revisando nuestro estilo de conducir y hacer las cosas en las relaciones a todo nivel y entre todo nivel (local, distrital, zonal o de área, regional y mundial), a la luz del mismo principio.

### **Nuestro futuro: Afirmemos nuestros valores medulares con creatividad y consecuencia**

(15) En primer lugar y en términos misionales, entendemos “el futuro” como el presente que se vive consistente y continuamente abriéndose hacia un mañana, orientado por valores definidos que se pretenden plasmar a plenitud; un proyecto histórico orientado hacia adelante pero que hunde sus raíces en el pasado en tanto memoria y herencia de una experiencia viva; en suma: identidad en acción prospectiva y en búsqueda de plenitud. Necesitamos hoy y hacia adelante, **esforzarnos para que los valores medulares de nuestra iglesia tengan vigencia** y no sean una mera declaración vacía. Que se ejerzan en toda instancia de la iglesia y en todas las realidades geográficas, sociales y culturales donde ésta se encuentre. Dichos valores medulares deben ser los

criterios por medio de los cuales debemos evaluar nuestra vida y misión. Pero estos mismos valores, si son mediatizados a través de formulaciones doctrinales y hechos parte de la tradición teológica, deben estar abiertos a revisión por cada generación, a la luz de la primacía autoritativa de las Escrituras, el nuevo contexto que se vive y el mejor uso de los criterios hermenéuticos a disposición.

### ***Somos pueblo, cuerpo, comunidad***

(16) En primer lugar afirmamos que somos pueblo, el pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, sacerdocio universal y, como tal, una comunidad de personas con diversidad de dones y todos igualmente llamados al ministerio, es decir, al servicio en la iglesia y en el mundo desde la perspectiva de los valores cristianos. Con diferentes funciones en el cuerpo, necesitados los unos de los otros y mutuamente sujetos los unos a los otros y todos al Señor. De ninguna manera una comunidad clerical ni elitista, sino de servicio y edificación del prójimo y del conjunto del cuerpo, para el cumplimiento de la misión. Este concepto de cuerpo tiene su manifestación básica en la iglesia local pero la trasciende, debiendo también reflejarse en la iglesia organizada más amplia y universal.

Como concepto clave, debe orientar el tipo de organización y relaciones que desarrollemos como iglesia. Nuestra cultura organizacional debe reflejar que somos el cuerpo de Cristo, que busca encarnar los valores de su vida, sobre todo en la dinámica del servicio. Por lo tanto, debe rechazar los vicios y costumbres de modelos mundanos que, lamentablemente, a veces se ven inmiscuidos en nuestras prácticas institucionales, reflejados en estilos de conducción, de visión monocular que marginan o anulan el uso pleno y desarrollo

de los dones del cuerpo y de sus miembros más aptos, debido a auto percepciones difíciles de sostener a la luz de análisis más meditados y proyectados a instancias más completas y amplias del propio cuerpo que es la iglesia; la verdad, debe llamarnos la atención el hecho de que, a veces, pareciera que en el medio secular se guarden mejores principios que en nuestro propio medio eclesial.

### ***Somos pueblo cristiano***

(17) Debemos afirmar la identidad cristiana que compartimos en solidaridad con los cristianos de todas las generaciones y de todas las tradiciones. Esta afirmación no debe ser sólo a nivel de “credos” o declaraciones históricas básicas, sino una demostración palpable de dicha identidad de manera testimonial, que incluya un esfuerzo de unidad ecuménica entre los diferentes grupos y el rechazo de un espíritu sectario o de orgullo denominacional; donde se reconozcan los dones comunitarios en el cuerpo más amplio de la iglesia, y en donde la mutua edificación que no deja de lado el aspecto apologético por lo imperfecto de la vida humana y de toda tradición, se haga en un verdadero espíritu de humildad, de amor y de servicio. No la indiferencia pero tampoco la imposición. Más bien, la actitud mutuamente persuasiva encarnada en medio del respeto y el servicio, que busca testimoniar frente al mundo, que somos uno en el Señor.

### ***Somos pueblo que afirma lo central de la santidad en la vida cristiana***

(18) Categóricamente afirmamos que somos llamados a ser un pueblo santo, apartado para propósitos divinos y comisionado a la realización plena del ideal del carácter perfecto de Dios. Ya de gracia hemos recibido el Espíritu Santo para

la realización de dicha obra de Dios en nuestras vidas. Pero, como sus colaboradores, nos corresponde luchar con denuedo por nuestra santificación y por la de su Iglesia. Pero dicha pasión por la santidad significa en primer lugar veracidad y autenticidad de vida y de conciencia con respecto a la identidad (de “santidad”) que decimos poseer. Ello implica tener los siguientes criterios en cuenta:

a. Nuestras expresiones doctrinales deben estar firmemente basadas en las *Escrituras*; en la sana *tradición* teológica, pero ella misma necesariamente abierta a revisión; en la *experiencia* de vida personal y social; y en el uso apropiado de la *razón* como facultad mental y como aportes del conocimiento en las diversas disciplinas del saber, especialmente de las ciencias humanas y sociales que se abocan a la comprensión del ser humano. Cualesquiera que sean nuestras expresiones doctrinales, al ser parte de una tradición teológica, deben estar siempre sujetas a revisión a la luz de una búsqueda actualizada y más clara y pura de la verdad.

El compromiso con Cristo, la Verdad, debe llevarnos a actitudes valientes de rechazo de vetustas tradiciones que en lo más profundo del fuero interno, la conciencia, como en la situación comunitaria en que estamos inmersos, no corresponden a la verdad/realidad. No hacer esto es devenir en una especie de idolatría de la tradición y las doctrinas. Para este esfuerzo de clarificación y entendimiento, los métodos o instrumental hermenéuticos que utilicemos deben ser entendidos en su naturaleza principista, utilizando los últimos avances en el campo de la interpretación, evitando el fanatismo y anquilosamiento en procedimientos desactualizados.

b. Por sobre todo, nuestra identidad santa, más que expresada teóricamente en fórmulas teológicas debemos hacerla carne, buscando asemejarnos más a Cristo de manera estable y permanente, teniendo como criterio evaluador de la autenticidad de ello, la eficacia ético-transformativa en nuestras vidas y de la situación histórica en la que, como iglesia, estamos inmersos. Esto nos hace remarcar la importancia de hacer énfasis en el “qué y cómo se manifiesta la santidad en la realidad concreta”(ética)- terreno objetivo y común para diferentes grupos en la tradición cristiana y evangélica-, más que en el “cómo se entra a ella” que, aparte de la conversión - otra vez ámbito objetivo de común acuerdo en la tradición cristiana y evangélica-, es un asunto no absoluto de la identidad cristiana y de santidad, y sobre lo cual hay variedad de entendimientos(dada su naturaleza subjetivista), aún en el mismo movimiento de santidad y en la propia denominación.<sup>1</sup>

**(19)** Por lo tanto, se hace vital pasar a una discusión abierta y sincera, sin temores ni amedrentamientos de ninguna clase, de nuestra propia tradición, en la medida en que ésta pudiera reflejar falta de claridad o desviación de lo que creemos que debe ser. Al respecto es necesario centrarnos en el rasgo doctrinal que se considera como vital para fijar la “identidad teológica” de la denominación, gen distintivo en el complicado árbol genealógico protestante de especies y subespecies de familias eclesiales: la cuestión de “lo segundo” (“segunda obra de gracia”, “entera santificación”, etc.).<sup>2</sup> Y, volvemos a enfatizar esta discusión como necesaria por la pasión misma que tenemos por la santidad, que es autenticidad y verdad en lo más profundo del fuero interno, y como búsqueda de coherencia y consistencia con otros valores que afirmamos. Esto asimismo, no

es sino poner en práctica algo de lo que mencionamos en la parte introductoria: la necesidad de revisión, por cada generación, de la propia tradición teológica, de discernir periódicamente en ella entre la verdad y lo que parece serlo, lo que es media verdad o asunto parcial, contradictorio, no de fácil comprensión y que se puede prestar al juego ideológico o comportamiento hipócrita. Como un incentivo a la reflexión y al trabajo sobre el particular, se añade nota de pie de página, fuera del texto principal de esta declaración<sup>3</sup>

## ***Somos un pueblo con una misión integral***

### ***i. Adoración, discipulado, evangelización, responsabilidad social***

**(20)** Nuestra misión es integral y orgánica. Al establecer nuestras iglesias locales, se nos llama a formar centros de reunión en donde la adoración y la ética son las dos caras de una misma realidad que se refuerzan mutuamente y donde el amor y la santidad son plasmados en el servicio y la edificación mutua como firme base testimonial que se extiende en la compasión por los prójimos en su integridad, y en el hacer discípulos auténticos, objetivo y criterio de evaluación del cumplimiento de la “gran comisión”.

Evidentemente, el hacer discípulos debe comenzar por el ser nosotros mismos discípulos verdaderos y consecuentes del Señor, testigos encarnados, lo cual debe llevarnos a un compromiso insoslayable con la misión holística del Espíritu, en la evangelización y la ayuda a los necesitados que no se agota en las actitudes filantrópicas sino que asume las luchas por la defensa de los derechos humanos y la justicia social propios de la perspectiva escritural. Con relación a estos valores, algunos asuntos relevantes a nuestra época:

a. Necesitamos recuperar una perspectiva misionológica que sea más fiel al mandato de Jesucristo, haciendo del discipulado consistente el objetivo central y cualitativo de la vida y misión de la iglesia, y no el apéndice de un impulso prevalentemente cuantitativo que es hacia donde gravita el parámetro de medición y evaluación actual.

b. En la evangelización transcultural y mundial, debemos usar modelos más indígenas, autóctonos, totalmente contextualizados, donde los agentes de dicha misión transcultural evangelizadora (comúnmente llamados “misioneros” entre nosotros), más que organizar, diseñar y mandar la visión y programas, se pongan al costado como colaboradores y servidores de la visión y proyectos de las iglesias locales, distritos y países donde se esté presente, cuyos miembros y dirigencia son los protagonistas y agentes misioneros fundamentales.

La cuestión de la base económica de la indigenización o autoctonía es asunto que requiere un amplio y maduro debate entre nosotros, y el uso de sólidas referencias bíblicas e históricas acerca del desarrollo misional y de perspectivas relacionadas a los avances en los estudios sobre el desarrollo humano en general. Asimismo, es necesario tomar en cuenta el diálogo interreligioso como una clara línea de acción misionológica que corresponde a nuestra época, de pleno reconocimiento de las identidades culturales y de los derechos humanos para todos, revisando cierto tipo de aproximaciones proselitistas y apologéticas que corresponden a otro entorno histórico. Máxime, cuando afirmamos que la fe cristiana debe ser un verdadero agente de reconciliación y sanación en un mundo fracturado y herido, en buena medida por confrontaciones que parecen tener resabios de una mezcla de religión y cultura, y en donde la cristiandad occidental y poderosa tiene buena cuota de responsabilidad.

c. Debemos considerar seriamente como iglesia jugar el rol profético que nos corresponde, levantando nuestra voz de protesta especialmente frente a los acuciantes problemas sistémicos actuales como el de la guerra; la discriminación étnica, de género y de clase social; los sistemas económicos que facilitan la concentración de la riqueza en unos pocos y la masificación de la pobreza; los sistemas jurídico-políticos que bajo el falso manejo del argumento de la libertad facilitan la expansión y difusión de la corrupción a nivel mundial de sistemas económicos especulativos, de la perversión sexual, de la violencia, de modelos consumistas de vida y depredadores de los recursos de la naturaleza, y de muchos otros males que deben de ser confrontados como pueblo de santidad que lucha contra el pecado (personal y estructural) en el mundo,.

## ***ii. Mandato cultural y misión en el mundo: Compromiso con una educación integral que abarca la Educación Superior Interdisciplinaria***

(21) El mandato cultural, previo al “gran mandamiento” y a la “gran comisión”, pero íntimamente relacionado con ellos, nos hace tomar conciencia de nuestra responsabilidad para con la creación y con toda la humanidad. Ello debe llevarnos a hacer esfuerzos por promover entre nosotros la educación superior interdisciplinaria, como algo central a nuestra perspectiva de misión integral, al preparar los recursos humanos que puedan encarnar los principios del evangelio en las diferentes esferas de la sociedad, respondiendo así de manera más amplia y racional en nuestro servicio al mundo. Como pueblo de Dios, somos una comunidad de carismas, con vocaciones y ministerios múltiples para el servicio en la iglesia y en el mundo. Nuestro aporte informado y con conocimiento técnico es parte, también, del testimonio cristiano y de nuestra postura ética frente al

mundo. Es una sobrestimación espiritualista lo que las iglesias locales pueden hacer para transformar la sociedad desde los valores cristianos, sin recurrir a otras disciplinas y sus aplicaciones, asunto propio del ámbito de la educación superior multidisciplinaria. Por consecuencia también, el actual modelo seminario como centro principal y/o exclusivo de formación del liderazgo de la denominación aparece limitado y obsoleto frente a la necesidad de una formación interdisciplinaria que requiere la inserción relevante frente a los desafíos que presenta la sociedad contemporánea. Al ser esto una convicción y valor medular de nuestra iglesia, debemos evitar al igual que con otros valores, que sea una mera declaración verbal, teniendo mayor responsabilidad las instancias ejecutivas correspondientes del apropiado desarrollo institucional de la Iglesia.

Concluimos esta declaración con la firme convicción de que es Dios mismo quien convoca a su iglesia a ser una ***ecclesia reformata et semper reformanda***, un pueblo que ansía estar a la altura de su vocación y responsabilidad. Él mismo buscará usar desde dentro de su pueblo fiel y en el poder del Espíritu, a aquellos dispuestos a cumplir sus propósitos renovadores en la historia y engrandecer su Reino. Por una Iglesia del Nazareno iberoamericana, realmente cristiana, de santidad auténtica y comprometida con la misión y valores del Reino de Dios y su justicia ¡A Dios sea la Gloria! □

—**Humberto Fernando Bullón**  
San José, CR, junio de 2005

El doctor Bullón, peruano, es profesor del Seminario Nazareno de las Américas (SENDAS) y de la Universidad Evangélica de las Américas (UNELA), ambas instituciones radicadas en Costa Rica. La docencia la ejerce en campos que conectan la misión cristiana, la administración de la educación y el desarrollo social. Su formación profesional

incluye un título en ingeniería agroindustrial, con estudios posgraduados en antropología, economía agraria y administración. Obtuvo su doctorado en estudios del desarrollo socioeconómico en la Universidad de Manchester. También, realizó estudios especiales en teología y desarrollo en el Oxford Center for Mission Studies.

## Notas Bibliográficas

- <sup>1</sup> Ver recientes anales de la Conferencia Mundial de Teología Nazarena, Guatemala 2002
- <sup>2</sup> En este punto se difiere de lo declarado de manera tradicional en la “Carta de Afirmación”, por no tomar en cuenta las discusiones y avances de revisión tenidos en la Conferencia Mundial de Teología Nazarena, Guatemala 2002. (Mesa sobre ‘Santidad’)
- <sup>3</sup> A manera de reflexión crítica de la cuestión mencionada es necesario el levantamiento de algunas interrogantes relacionadas con circunstancias y realidades objetivas percibidas, captadas en actitudes, expresiones y comportamientos entre nosotros, dignos de meditación. Confrontamos tradición teológica (lo que se repite como parte de la ‘doctrina’) y experiencia eclesial (lo que se percibe en la vida de la iglesia), con la Escritura y la razón, para discutir sobre el tema

En primer lugar, debemos preguntarnos si dicho rasgo puede asumirse como esencial y absoluto de nuestra identidad como denominación nazarena, si es que se considera a ésta como una iglesia de carácter mundial, de composición multicultural, con diversidad geosocial e intergeneracional; sobre todo de multifacética experiencia espiritual del encuentro de cada creyente con el Señor, a los pies de la Cruz, y de la acción de su Espíritu en sus vidas particulares. Usando la razón, y en este caso los datos de la Sociología del Conocimiento, toda producción intelectual tiene un origen situacional, sea esta ciencia, arte, filosofía o teología, en donde la experiencia vital juega un papel importante en la producción de los conceptos o doctrinas. No negamos el asunto de la autenticidad experiencial que pueda haber llevado a ciertos padres fundadores de la denominación a colocar el asunto de lo segundo como algo importante a su generación y contexto; y también coincidente con otros de otras generaciones y contextos. Pero no es la única experiencia de dicha “entrada” a la vida de entera santificación, ni la única hermenéutica que se pueda hacer de las Escrituras para colegir la experiencia; esto, a la luz de la global experiencia histórica del pueblo de Dios, y de la experiencia dentro de la misma denominación. Por ello, en términos de lo objetivo del carácter santo es asunto que no debe absolutizarse ni pasar a ser un rasgo esencial o definitorio de la identidad de santidad de la iglesia.